

## LA ORACIÓN TRANSFORMADORA DEL SER Y EL HACER

*Anna Seguí, ocd - 2015*

### INTRODUCCIÓN

Dice Teresa: ***“En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa”. “Yo no hablo ahora en que sea mental o vocal para todos; para vosotras, digo, que lo uno y lo otro habéis menester”*** (C 21,7).

La oración, ser orante es una opción personal de todo creyente. Es una consecuencia de ser cristiano, porque es una acogida del mandato del Señor: ***“Velad y orad”*** (Mt 26,41); ***“orad siempre sin desfallecer”*** (Lc 18,1). Todo creyente que vive comprometidamente su fe, oye y escucha la voz del Señor. Orar es base fundante para ser cristiano consecuente con lo que decimos creer. Orar no es patrimonio concreto de nadie. Desde la fe en el Dios de Jesús, el Padre, orar es algo congénito. Es llevar metido en las entrañas el don y la posibilidad de la plena vivencia y convivencia relacional con el Dios que nos ama, con Jesús, que nos vive desde dentro. ***“El Señor está dentro de vos. Este, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, y que le oigamos y besemos los pies porque nos quiso enseñar, y le supliquéis no se vaya de con vos”*** (C 34,10).

Orar nos configura como personas. Porque, si lo que nos humaniza son las relaciones personales, orar será configurador de un estilo de humanidad que se llama cristiana, por cuanto nos pone rostro y figura a semejanza de Jesús: ***“aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas”*** (Mt 11,29); ***«amaos los unos a los otros como yo os he amado»*** (Jn 15,12). Por lo cual, orar es amar. Y será decirlo con la vida, la de cada día, la de los acontecimientos reales, ante los cuales nos habremos de situar comprometidamente dando respuestas y actuaciones propias. Como quien así ora, así vive, y así se relaciona con Dios y con los hermanos, desde el amor. ***“Procurad ser afables y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto: mientras más santas, más conversables con sus hermanas”*** (C 41,7)

Teresa de Jesús, hace de la oración un estilo de vida. Es respuesta vocacional a la llamada definida y personalizada de Jesús, que desea y reclama relación de amistad con nosotros: ***“entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando -que no parece esto otra cosa- que nos estemos con El”*** (7M 3,9). Es llamada de Dios y respuesta por parte del hombre-mujer. Es opción de vida que hace de la oración el centro y la motivación de ser y hacer en la Iglesia, en favor de toda la humanidad. Dice Teresa: ***“Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar***

**de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”** (V 8,5). Y esta vida orante define a la persona, va transformando su personalidad, sus maneras, su modo de estar, obrar y relacionarse. Todo en nosotros va siendo configurado a semejanza de Jesús, adquiriendo la mentalidad de Cristo. Dice Pablo: **“nosotros tenemos la mente de Cristo”** (1Co 2,16).

Ser y hacer como Jesús que **“pasó haciendo el bien”** (Hch 10,38). Así de sencillo, y así de comprometedor. Adquirir la mentalidad de Cristo supone ser amados por la oración que nos va poniendo semejanza, rostro amable, actitudes generosas. Ser un todo con Jesús que nos va transformando nuestro ser y hacer, hasta convertirnos en servidores del amor. **“Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. El viva y me dé vida; El reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad”** (C 21,2).

## ORAR ES AMAR

**“El verdadero amante, en toda parte ama y siempre se acuerda del amado”** (F 5,16). Ser orante es ser amante. Oradores es sinónimo de amadores. Decididamente la oración transforma el ser. Y como resultado de ello queda transformado el hacer. Lo que soy y cómo soy queda demostrado en cómo hago las cosas. Por mi comportamiento pongo de manifiesto quién soy, en qué creo y en quién confío. Dice Teresa: **“no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced”** (IVM 1,7). Aquello que da nueva personalidad produce novedad de vida, obra misericordia, libertad misericordiosa. Amar y confiar es un estado de vida que obliga voluntariamente a vivir ejerciendo la confianza amorosa. **“Ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos”** (C 41,7). Y es que el amor va más allá de lo puramente sensible. El amor pone eficacia a las relaciones y acciones, produce alegría de vivir. **“Ha de estar despierto el amor”** (4M 3,3).

El amor, más que un sentimiento es una opción de vida. Solo la opción por el amor nos capacita para asumir la cruz hasta amar a los enemigos. Y esto no es tanto un sentimiento como una convicción, un andar en ejercicio de amor, ser amadores. Es dejar que la gracia orante transforme lo simplemente natural y lo convierta en vida de Dios que, a decir de San Juan de la Cruz: **“ya solo en amar es mi ejercicio”**. Vivir ejercitando el amor hasta ser puro amor. Teresa lo expresa así: **“Amor saca amor”** (V 22,14); **“aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”** (C 4,7). **“No se sufre, no se sufre, Dios mío, ni querría yo lo sufrieseis Vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos”** (C 15,5). Lo que contenta a Dios es el amor. **“Somos amigos de contentos más que de cruz. Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos”** (3M 1,9).

La oración nos tiene que humanizar al estilo de la humanidad de Jesús. Hombres y mujeres para el amor, la justicia y la paz, es decir, estar empeñados en ser buena gente, ser buenos para los demás y ser celebradores de la vida: ***“estad alegres en el Señor”, “que vuestra alegría sea perfecta”***. Seres humanamente fiables en la confianza mutua y en Dios. Teresa siempre insiste en el amor y nos dice: ***“La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, (amor a Dios y al prójimo) es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que, mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Majestad nos tiene que, en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a su Majestad por mil maneras; en esto yo no puedo dudar”*** (5 M 3, 8).

En la vida cristiana todo lo que se piensa y se vive debe estar relacionado con Jesús, su Palabra, su proyecto de bienaventuranza. Incluso pensar debe ser orar. Vidas implicadas con el plan de Dios para la humanidad, proyecto de amor solidario con los demás. Escuchemos a Teresa: ***“Torno a decir que está el todo o gran parte en perder cuidado de nosotros mismos y nuestro regalo; que quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida; pues le ha dado su voluntad, ¿qué teme? Claro está que si es verdadero religioso o verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, que no ha de volver las espaldas a desear morir por él y pasar martirio”*** (C 12,2).

## **CELEBRADORES DE LA VIDA (LA EUCARISTÍA)**

***“Acabando de comulgar y de estar en esta misma oración que escribo, qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en Mí. Ya no es ella la que vive, sino Yo”*** (C 18,14). La eucaristía es celebrar a Dios en la vida del hombre. Y es comunión del hombre con la humanidad. La eucaristía es celebrar la convicción profunda de que, el amor, tiene sentido. Y que es la única manera de hacer que la vida sea vivible. Que todos los seres humanos celebren el pan de la dignidad y el vino de la fiesta en la comunión de la fraternidad, significa compartir no solo los bienes, sino lo que somos, para dignidad de todos. La comunión es el milagro de multiplicación: **lo poco de cada uno compartido, deviene mucho. Cubre la necesidad.**

Ser y celebrar la eucaristía es ser celebradores de la vida. La eucaristía es el centro de nuestra fe por el don de la Palabra y la presencia de Cristo entre nosotros. La eucaristía abarca la totalidad del cristianismo. En ella se expresa la fe y la oración más colmada. No solo la oración individual, sino la oración comunitaria que asume en sí toda la humanidad y la presenta al Padre. ***“Debajo de aquel pan está tratable”*** (C 34,8). ***“Hállole amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío que me parece podría resistir a todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar Dios”*** (R 3,1).

La experiencia cristocéntrica de Teresa de Jesús lleva contenida toda la fe de la Iglesia. Es fe eclesial. Porque Teresa descubre quién es Dios en la experiencia de encuentro con Jesús. Y es fe que celebra la comunidad en la eucaristía, Palabra y comunión. La eucaristía nos hace **“expertos en comunión” y perdón**. Saboreemos estas palabras de la Santa: **“acabando de recibir al Señor, pues tenéis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma y miraros al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo, y muchas lo querría decir, que si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgareis (y procurad tener tal conciencia que os sea lícito gozar a menudo de este Bien), que no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear que se os descubra del todo”** (C 33,12).

Si la celebración eucarística no pone de manifiesto toda esa exigencia evangélica de amor al prójimo. Si no nos espolea desde dentro para purificar lo que en nosotros todavía es oscuro y sucio. Y ser transformados al modo de Jesús, procediendo con actitud de bienaventuranza. De no ser así, nuestras eucaristías pueden convertirse en adoración idolátrica y no comunión con Dios y los hermanos. Es el vínculo del amor lo que hace real la eucaristía en espíritu y verdad.

Si la eucaristía no va celebrada desde el amor, puede suceder que se repartan muchas hostias y pocas comuniones. Nunca falte en nosotros el deseo de ver a todos los hijos de Dios sentados a la mesa de banquete eucarístico. La mesa de la fraternidad tiene un puesto para cada uno. Nadie debe quedar excluido. Cada persona debe hallar su lugar asignado. Y dejemos que sea Dios quien juzgue las acciones. Dios es quien hace la valoración de lo que somos y merecemos. Lo nuestro sea solo acoger, servir y amar. ¡Jamás juzgar a nadie! **“Miremos nuestras faltas y dejemos las ajenas”** (3M 2,13). La comunión es abrazo acogedor entre los hermanos. Y excluye el juicio. El juicio de Dios será un juicio misericordioso. No según nuestros criterios, sino los suyos, que son de amor misericordioso. **“Mi intento es que no estén ocultas sus misericordias”** (7M 1,1). Tener siempre esta tranquila seguridad en Dios, todo amor, todo misericordia.

La eucaristía es un comernos a Dios mismo. Él mismo se nos da como alimento de vida. Cuando vivimos con tibieza el misterio, Dios nos sufre igualmente como buen Padre. Él jamás deja de amar a sus hijos. Por muy hostiles que le seamos, Él no falla. Escuchemos la agudeza de Teresa: **“Cuando no nos damos a su Majestad con la determinación que él se da a nosotros, harto hace de dejarnos en oración mental y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña; mas estotros son hijos regalados, ni los querría quitar de cabe sí, ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar; siéntalos a su mesa, dales de lo que come hasta quitar el bocado de la boca para dársele”** (C 16,5).

## REFERIDOS AL PADRE

***“Traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí y hacer una unión del Criador con la criatura”*** (C 32,11); ***“Disponed de mí como en cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad”*** (C 32,10). Ser orante al modo de Jesús es vivir referidos al Padre con la confianza de hijos. Esto nos ayuda a situarnos ante la vida con la seguridad de que es Dios quien cuida de la humanidad y lleva la marcha de la historia. El asombro de esa realidad consiste en que, no lo hace de manera espectacular, mágica, fantástica. Sino por mediación nuestra, desde nuestra propia capacidad creativa, para hacer realizable su plan de amor y salvación para sus hijos queridos. Plan que ha iniciado Jesús con su humano proceder entre nosotros. Jesús nos es permanente referencia. María, la gran contemplativa, tuvo la intuición de que, en su hijo, se efectuaba algo nuevo. Y nos lo dice con la sencillez de mujer de pueblo: ***“haced lo que él os diga”***. Así, sin más, con la naturalidad de quien sabe dónde se halla el camino: **en Jesús**.

Esta es la certeza de Teresa, cuando, contemplativamente, le halla viviente a su lado. Tan segura, tan al vivo, que nos advierte: ***“mire que le mira”*** (V 13,22); ***“como le necesitáis le hallaréis”*** (C 26,3). Añade: ***“Representad al mismo Señor junto con vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando; y creedme, mientras pudiereis, no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no le podréis como dicen echar de vos; no os faltará para siempre; ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?”*** (C 26,1)

Teresa, polarizada por Jesús, todo lo refiere y nos refiere a Él. Y tan centradas en Él nos quiere, que hace de sus monasterios ***“pequeños colegios de Cristo”***. En los que se aprende a servir al Señor a modo de Marta y María, donde, trabajo y oración, se complementan y recrean. ***“Marta y María han de andar juntas”*** (7M 4,12); ***“entre los pucheros anda el Señor”***. Acción y contemplación juntas. Orar nos suaviza, nos hace amables, nos transforma toda la persona. Y poco a poco, aparece el ser y hacer de Jesús, experimentándolo más a Él que a mí misma.

El empeño de Teresa es crear aquellas condiciones que hagan de sus hijas radicales seguidoras de Jesús. Mujeres que, por su vida orante, son capaces de sustentar la fe de la Iglesia con nitidez evangélica. **En la casa de Teresa se trae empeño en la imitación y seguimiento de Jesús**. Haciendo aflorar aquellas virtudes humanas del ***“amor unas con otras, desasimiento de todo lo criado y humildad”*** (C 4,4). Teresa quiere que sus monasterios sean escuelas de humanización cristiana, donde se respira vida de Dios y Buena Nueva del Reino. Las comunidades parroquiales deben ser hogares de fraternidad y acogida. Gente junto a la que se respira el amor.

Teresa sabe que en Dios se adquiere seguridad y confianza. A la vez que la fe va siendo puesta a prueba. La fe en Jesús mismo, la fe en la realidad de Dios encarnado o humanado. Realidad de fe cruda que nos va transformando el ser y el hacer. Hasta obrar misericordiosamente, curando y liberando, generando en los demás libertad anchurosa y aliviadora, con efectos reales de sanación, liberación y alegría. **“Andad alegres”** (C 40,5). **“Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a solo Él”** (Cta. a Ana de Jesús)

Teresa toma la oración del Padrenuestro y nos enseña a orar con ella. Afirma que con esta oración vocal se puede llegar a la contemplación. Pide atención a lo que se reza. Aconseja detenerse y meditar las palabras que se oran. Teresa sabe que el Padrenuestro fue la oración por excelencia de Jesús, la preferida de su corazón. Con la que se comunicaba y vivía referido al Padre, la que enseñó a sus discípulos, cuando estos le pedían que les enseñara a orar. **“Y bien es consideremos somos cada una de nosotras a quien enseñó esta oración y que nos la está mostrando, pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo entendáis vosotras os conviene para rezar bien el Paternóster: no apartarse de cabe el maestro que os le mostró”** (C 24,5).

El Padrenuestro nos une a Jesús y a Dios Padre. Rezar esta oración es obra y gracia del Espíritu Santo en nosotros. Y nos une al deseo de Dios para los hijos, que queremos hacer su voluntad y no la nuestra. Dice Teresa: **“vaya bien rezado el Paternóster y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, y ningún remedio otro hallo si no es procurar tener el pensamiento en quien enderezo las palabras. Por eso tened paciencia, que esto es menester para ser monjas y aun para rezar como buenos cristianos, a mi parecer”** (C 24,6); **“que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del Paternóster, que con decirle muchas veces aprisa y no os entendiendo. Está muy cerca a quien pedís, no os puede dejar de oír; y creed que aquí es el verdadero alabar de su nombre y el santificarle”** (C 31,13).

El Padrenuestro nos refiere a Dios. Nos hace conscientes de nuestra pertenencia al Padre. Porque somos verdaderamente sus hijos, gracias al Hijo, que así lo dispuso para nosotros. **Vivir referidos a Dios es hacernos dignos de Dios.** Por nuestras obras de amor, por nuestro ser amorosos para los demás. Vivir referidos al Padre con el anhelo del: **“venga a nosotros tu Reino – hágase tu voluntad”**. Es nuestro deseo de hijos, de buenos hijos.

## **ORAR NUESTRO SER PEREGRINOS**

El Éxodo es el itinerario del pueblo de Dios en busca de la tierra de la libertad y dignidad. Es el itinerario de todo ser peregrino en este mundo. ¡Somos peregrinos! Vivimos a la intemperie de la precariedad y provisionalidad. Todos cruzamos el “desierto”

de la soledad, la dureza, el miedo y la prueba. En el desierto **“Nos socorre el Señor en las necesidades”** (C 38,7).

Orar nuestra realidad de peregrinos. Descubrir la presencia y providencia de Dios a lo largo del camino. Él provee de pan. El maná es providencial cuando Dios ve la carencia e indigencia del pueblo hambriento. Dios quiere que sus hijos vivan con las necesidades cubiertas: **“al que recogió poco no le faltó, y el que recogió mucho no le sobró”** (Ex 16). Jesús nos ofrece el nuevo pan. Él es el pan de vida. No es un pan sin cuerpo como lo era el maná. Él nos ofrece un pan sólido, el suyo, dador de vida, sanación y salvación. Jesús es **“maná que sabe conforme a lo que queremos que sepa”** (Conceptos 5,2). Y su sangre, vino de la fiesta y la alegría. Jesús es el pan de la dignidad del trabajo, y el vino de la fiesta, el banquete de la comunión.

Realidad nueva que reúne a los hermanos. No en la mortificación y la penitencia. Sino en la mesa del banquete y la alegre convivencia, donde se aplaude la fiesta que celebra la vida compartida. Jesús fue celebrador de la vida. Se ocupó y preocupó de que todos tuvieran para comer y se saciaran. Y hasta les sobrara. No reparó si carne o pescado. Lo que le importaba era cubrir la necesidad, saciarla: **“mata y come, y no llames impuro lo que yo he hecho puro”** (Hch 10,14), **“come y bebe que el camino es superior a tus fuerzas”** (1R 19,7). Saciar el hambre es ley divina. Porque Dios quiere que el hombre viva y lo haga en la plenitud y felicidad. No en la carencia de la escasez.

El orante debe asumir en sí todo el recorrido del Éxodo. Saberse peregrino. Somos peregrinos, pobres y menesterosos. **“Siempre hemos menester pedir remedio”** (C 39,6). Si en el desierto la “nube” guía el camino, hoy somos guiados por el Espíritu de Jesús Resucitado. Ya no es la nube guiadora del camino, delante está el crucificado-resucitado que se ha hecho **“camino verdad y vida”**. Pero, esta seguridad pasa por la purificación de la noche oscura de la fe. Una oscuridad que, en ocasiones, puede ser horrorosa: hambre, sed, soledad, mordedura de serpiente, deseo de claudicar. La murmuración como único y mezquino diálogo que mantenemos con nosotros mismos y con Dios. Soberbia, desaliento. Perseverar orantes en estas condiciones de noche oscura y sequedad, será gracia transformadora de resurrección liberadora.

Muerte-Resurrección es la constante en la realidad humana de esta vida terrena. Y solo la fe da una visión e interpretación de confianza segura en el Dios Padre de Jesús. Asumiendo de ante mano que nuestra realidad terrena puede ser un fracaso. Pidamos a Dios que nos conceda la disponibilidad de Teresa: **“Juntos andemos, Señor; por donde fuereis, tengo de ir; por donde pasareis, tengo de pasar”** (C 26,6). Jesús en la cruz, en lo puramente humano, es el gran fracasado. La victoria de Dios en Él es la resurrección. Y esto es solo en la verdad de la fe, no en la materialidad de lo evidentemente histórico. Nuestra evidencia en el resucitado es siempre en la certeza de la fe oscura. Claridad de nuestro día también, pero no realidad demostrable.

Dios quiere ser creído y asumido por la confianza plena en la oscuridad de la fe. Y la oscuridad repugna nuestra sensibilidad. En lo puramente humano, es decir, por la razón humana, esto nos excede. La carne es débil y la prueba debilita nuestras energías. Todo lo que se produce en la noche oscura de la fe, estremece el sentimiento natural. Hace temblar los sentidos, nos descoloca, nos lanza al vacío de la inseguridad, de la muerte estremecedora. **“Ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios”** (6M 1,10. **“Todo es una noche la mala posada”** (C 40,9). En las pruebas, saber que **“Él la ampara de todo el mundo y aun de todo el infierno”** (6M 4,16)

Es en la oración donde podemos reclamar la presencia del Espíritu del Resucitado. Él quiere obrar en nosotros un **“Fiat”** grande, como el de María, en la confianza al Padre. La fe queda probada ante la imposibilidad de resolver nada por la razón humana. Cuando fallan los cimientos de lo puramente razonable, la fe es la base fundante de nuestra confianza en Dios. Es el puro abandono en la noche oscura. Como Jesús en el desierto y en Getsemaní. Esperar confiadamente sin ver, sin entender. Asumir la absurdidad. Y en la noche, la oración como único agarradero. **“Así los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad y sufrir cuantos golpes les dieren sin dar ninguno; porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, ni que vean en él flaqueza en padecer; para eso le dan tan honroso oficio”** (C 18,5).

En la intemperie del desierto se aprende a vivir de lo básico. Coger cada día la ración para la sustentación de la vida. Ni más ni menos. Lo justo. Lo sobrante le pertenece al pobre, al hambriento, al desvalido. **“Pobres y regaladas no lleva camino”** (C 11,3). Asumir una vida sencilla y humilde. No de precariedad. Sí de dignidad. La de hijos en la casa del Padre, donde hallamos lo necesario para vivir. Y vivir a placer, derecho de todo hombre en este mundo. Derecho de la humanidad, de la dignidad humana, de felicidad como hijos del tal Padre. **“El maná/ (el pan de Dios), sabe a lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios”** (2M 1,7).

## EL ORANTE ES SERVIDOR DEL REINO

Para Teresa de Jesús orar es servir: **“Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiere para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor; y este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas”** (C 3). **“Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo”** (C 1,2).



Ser orante es estar comprometido con la Buena Nueva del Reino. Mi primer compromiso de vida cristiana en lo referente a la justicia, es cada hermana que tengo a mi lado. Un hacer atento, amoroso y particularísimo con cada una. **“Despertar la voluntad a amar”** (6M 4,14), desde la convicción evangélica de quien asume las entrañas de misericordia de Dios. Y no desde el sentimiento sensible, con sus simpatías o antipatías, que nos hace parciales y discriminadores. Ser compasivos con los que sufren, llorar con los que lloran. Integrar el espíritu de las Bienaventuranzas como garantía de adquirir una mente y un corazón como el de Jesús. Al agrado de Dios. **“Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios”** (C 13).

El camino de seguimiento de Jesús es siempre exigencia. Pero Dios, en su pedagógica paciencia con cada uno de nosotros, no solo permite, sino que incluso quiere que, cada paso que implica un cambio, una superación y una transformación, sea dado no solo cuando en nosotros se hace la luz, o se tiene la comprensión, se sabe cómo y por dónde. Sino cuando ¡por fin! se adquiere la fuerza del Espíritu, que da el empuje para dar el paso y realizar la acción. Solo entonces es cuando realmente en nosotros se produce la transformación.

Es así que el proceso de la conversión sea tan lento. Porque comporta una metamorfosis que va transformando el gusano en mariposa. Y para decirlo en términos humanos: **humanizándonos al modo de la humanidad de Jesús**. Al fin, nuestra vida cristiana de seguidores de Jesús, es siempre una reducida imitación del Jesús terreno. Cómo vivió, cómo amó, cómo se entregó. Hasta consentir ser llevado a la cruz. **“Miradle camino del huerto. Miradle atado en la columna. Miradle cargado con la cruz. Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle”** (C 26,5). **“Abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa.”** (2M 7).

Ser cristiano, vivir cristianamente, significa vivir ejercitando el amor. El seguidor de Jesús no puede más que amar y decirlo con la vida. Ser portador de amor en el cada día de la historia. Vivir es orar y confiar. Orar amando, orar obrando, orar dialogando, orar compartiendo, orar en el silencio del corazón. Orar es fiarse de Dios, y ofrecer fiabilidad personal a los hermanos. Es amar y es servir dando la vida por los demás: **“Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”** (Lc 22,27).

## ORAR LA PAZ

**“¡Paz, paz!, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó a sus Apóstoles tantas veces. Pues creedme, que si no la tenemos y procuramos en nuestra casa, que no la**

**hallaremos en los extraños” (2M 1,9); “Cualquier desasosiego y guerra se puede sufrir con hallar paz adonde vivimos” (4M 1,12).**

El proyecto de Dios para la humanidad es un proyecto de bendición y de paz. Nos hallamos inmersos en una realidad histórica preocupante. La inseguridad nos rodea por todas partes. Todo se tambalea dentro de la precariedad y la inestabilidad. Las guerras son una amenaza latente en nuestro entorno. Los tiempos de Teresa también eran convulsos. Ella lo expresa de esta manera: **“estése ardiendo el mundo/no es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia”** (C 1,5). Y sin embargo, la paz, a lo largo de los siglos, se ha ido abriendo camino en medio de la gran violencia que sacude los cimientos de la estabilidad. Solo cuando nos situamos fuera de Dios, rompemos la armonía creadora y surge la violencia, la agresión y la muerte.

La realidad humana requiere el silencio orante de los contemplativos, como alegres mensajeros de la paz. Infundir la esperanza de que la paz verdadera es posible. Aunando actitudes bondadosas de hombres y mujeres de nuestro mundo. Orar la unidad por una ética mundial que nos haga capaces de fraternidad colectiva entre todos. No encerrarnos en nuestra particular religión. Sino adquirir una sana acogida a todas las religiones que apuestan por la paz universal. Sin que nada nos haga perder la identidad y riqueza de nuestro cristianismo. Mantenernos bien enraizados **“cabe este buen Maestro”** (C 26,10).

Hoy más que nunca, hace falta tener plena conciencia de la necesidad que tenemos los unos de los otros. La globalización mundial es una posibilidad para fraternizarnos. Crear lazos de amistad. Y es entre todos como podremos garantizar la paz y la solidaridad de las naciones. Es nuestra responsabilidad creadora de historia. Nos hace falta fomentar actitudes de respeto mutuo entre las culturas, las religiones y con toda la creación. Afinar el espíritu de la delicadeza relacional. Procurar la limpieza del corazón para ofrecer fiabilidad. Y purificar el aire de la tierra desde el respeto y el amor por la naturaleza, gravemente amenazada. Expulsar la violencia orando la reconciliación con nosotros mismos y con los demás. Orar la armonía con toda la creación, herida de muerte, gimiendo su dolor. Vivir la alegre seguridad de que **“la causa de Dios es el hombre, Dios quiere la vida, la alegría, la libertad, la paz, la salvación, la gran felicidad del hombre. La causa de Dios no es la ley, sino el hombre”** (Hans Küng).

Orar la necesidad y eficacia por un gran ecumenismo entre las Iglesias hermanas. Crear una Iglesia universal, que nos aúna a todos como única Iglesia cristiana. En la que se respeten las diferencias. Y que en Cristo, seamos capaces de darnos la paz. **“No habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones; ni habrá paz entre las religiones sin diálogo entre estas, sin el estudio de sus fundamentos”** (Hans Küng).

Tener el coraje de iniciar gestos fraternos y de unidad en la diversidad. No esperemos que nos den “permiso oficial”. Tengamos la sana osadía de fraternizar la

convivencia humana. Unidos en la mesa común, comer el pan de la comunión en Jesús. Orar la paz entre los cristianos es unirnos los cristianos como lo que somos: **hermanos en Jesús, el gran hermano.**

Crear la paz supondrá siempre asumir la cruz. Porque es luchar contra la violencia del mundo. Y acabo con estas palabras de Teresa: ***“Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir; es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero”*** (V 22,6). ***“Fortaleced Vos mi alma y disponedla primero, Bien de todos los bienes y Jesús mío, y ordenad luego modos cómo haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada. Cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacías las manos/ Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré”*** (V 21,5).

Hermanos-as, por la oración confiada en el Señor, todo lo hemos de poder, ***“Procuremos siempre ir delante”*** (5M 4,9). ***“Ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor”*** (F 29,39).